

Un vistazo a Irán 28 años después de su revolución

OMAR HANDABAKA*

Al llegar a Alemania, mi primer vecino de dormitorio fue un estudiante de ingeniería iraní llamado Reza. Era un tipo alto, delgado, con anteojos dorados, más elegante que el estudiante promedio y siempre dispuesto a ayudar. La primera anécdota que compartimos probablemente no la olvidaré nunca. Un amigo alemán le prestó su bicicleta vieja a un marroquí que acababa de llegar a la ciudad, hasta que se comprara una. Este le aseguró que se la devolvería en dos semanas como máximo. Cuando el marroquí se marchaba con la bicicleta, Reza sentenció con una sonrisa sarcástica: «Nunca confíen en un árabe». Fue la última vez que vimos al marroquí y la bicicleta. En las siguientes oportunidades que nos vimos nos repetía que, lamentablemente, su sospecha se había confirmado.

A lo largo de los años llegué a conocer a muchos iraníes de diversas clases sociales, tendencias políticas y posiciones religiosas, desde los más occidentalizados hasta los bastante religiosos. La impresión fue siempre positiva: se distinguen por ser correctos y amables, por su tono suave al hablar —incluso en los momentos más delicados de una discusión política— y también por subrayar, con un estilo y decencia inconfundibles —con excepción de mi amigo Reza—, que no son árabes.

La opinión que me fui formando de los iraníes no tenía nada que ver con aquella imagen que yo traía de antes, con la que crecí en el colegio y que es frecuente todavía en muchos lugares del mundo: hombres mal vestidos, barbudos, fanáticos, intolerantes y agresivos, todo lo cual es producto de las impresiones que dejaron la revolución del ayatolá Jomeini y los enardecidos estudiantes que tomaron la Embajada de Estados Unidos y mantuvieron durante 444 días a los rehenes en su poder.

Aprendí que los iraníes se diferencian de los árabes. Que a pesar de que para todos los musulmanes el conteo del tiempo empieza con la huida de Mahoma de la Meca a Mérida, los iraníes se encuentran en un año diferente que los demás países árabes. Estos últimos utilizan el año lunar de 354 días y los iraníes el año solar de 365 días. Así, mientras que los países árabes están en el año 1428, en Irán se encuentran recién en el 1386.

Los países que fueron conquistados por los árabes adoptaron su religión y también su idioma. Los persas no, y la mayoría de los iraníes están convencidos de que el Islam llegó a ser una civilización alta después de que esta se apropiara de la herencia persa en arquitectura y arte, y la administración sasánida.

Con sus 70 millones de habitantes, Irán es hoy el país chiita más importante en el mundo musulmán. Entre suníes y chiitas no hay solo diferencias teológico-doctrinarias y de organización, sino también recelos políticos, odios y enfrentamientos armados.

LA REVOLUCIÓN Y SUS ETAPAS

En los primeros tres años, en medio de luchas por el poder y el inicio de la guerra con Irak, nació un sistema político híbrido cuya constitución une, por un lado, elementos democráticos y republicanos, y, por el otro, teocráticos y autoritarios, con un claro peso de estos últimos.

Que el Ejecutivo y el Legislativo sean elegidos por voto popular fue el aporte de los islamistas liberales, que tuvieron presencia en el gobierno durante los dos primeros años. Hacia 1981, los clérigos chiitas copaban los puestos centrales para imponer los dogmas de la revolución islámica en el Estado, la sociedad, las escuelas, las universidades y el sistema jurídico. Paralelamente, condujeron un proceso de depuración que consistía en la persecución y ejecución de disidentes y enemigos de todo color político. Esta depuración llegó a su fin en 1982 cuando Jomeini, mediante decreto, ordenó terminar con los

«excesos» de la revolución.

Los atolladeros del sistema político no tardarían en manifestarse. El dogma que determinaba la supremacía de la religión sobre el Estado sería la causa. Así, cada vez que el Consejo de Guardianes vetaba leyes por considerarlas incompatibles con el Islam, se llegaba a extremos de inmovilidad y entrapamiento (como en el caso de la reforma agraria). Para superar estos bloqueos, Jomeini declaró, en enero de 1987, «la absoluta superioridad de la decisión del Líder Supremo de la revolución», lo que implicaba que sus decisiones, las del Líder Supremo, estaban incluso por encima de los preceptos religiosos.

En 1988 tuvo otro choque con la realidad, cuando tuvo que aceptar la resolución 598 de Naciones Unidas y reconocer el fracaso de otra de las metas de la revolución: su exportación. El comentario de Jomeini fue contundente: «Esta decisión me sabe tan amarga como beber un vaso de veneno».

SIN EL AYATOLÁ JOMEINI

Después de la muerte del ayatolá Jomeini en 1989, se repartieron el poder el hasta entonces presidente Jamenei, quien asumió el cargo de Líder Supremo, y Rafsanjani, como nuevo presidente. Rafsanjani puso en marcha un proceso de desideologización en la política económica. Tras una primera década marcada por los islamistas de izquierda con una política económica estatal de planificación, de subvenciones, de clara tendencia socialista, Rafsanjani apostó por liberalizarla y propuso privatizar las empresas estatales ineficientes, acabar con las subvenciones, el caótico sistema de tipos de cambios y la toma de créditos internacionales.

El cambio de rumbo económico no tuvo el éxito esperado debido a la desmesurada importación de bienes de consumo y la excesiva deuda externa, que en apenas cinco años creció a 28 mil millones de dólares. Los proyectos más importantes de Rafsanjani, como terminar con las enormes subvenciones de la gasolina y los productos derivados del petróleo y racionalizar el aparato estatal separando a los empleados públicos ineficientes, fueron bloqueados. Los casos de corrupción y la inflación terminaron generalizando el descontento de la población con la clase política.

JATAMÍ Y LA NUEVA VISIÓN

La revolución dentro y en contra del aparato revolucionario se dio el 23 de mayo de 1997. Con un 90% de participación en las elecciones (votar no es obligatorio en Irán), Jatamí venció con 70% de los votos al candidato favorecido por el régimen. La combinación de su propuesta —libertad de expresión, Estado de derecho, democracia islámica— y su desbordante carisma hacían de Jatamí la antítesis de todo lo que representaba el régimen.

En materia de política exterior, envió señales de apertura y acercamiento a la comunidad internacional, como en febrero de 1998 cuando en una entrevista con la CNN Jatamí hizo lo inimaginable: llenar de alabanzas a la civilización americana y en forma indirecta disculparse por la toma de rehenes en la Embajada de Estados Unidos en Teherán en 1979.

Jatamí fue el presidente de los jóvenes y de las mujeres. Para ellas pidió más oportunidades, como ocupar cargos ministeriales, propuesta que no encontró apoyo ni entre sus propios seguidores. Pero los vientos de libertad que soplaban sobre Irán no se podían ignorar. Más de seiscientos nuevos periódicos y revistas empezaron a circular. La censura de libros y de los distintos medios se relajaba. Por primera vez se cuestionaba el sistema político, las relaciones con Estados Unidos, el carácter vitalicio del Líder Supremo y que su elección no sea por voto popular. Todo esto incluso en las horas de mayor sintonía televisiva.

Pero la reacción llegó: la respuesta del aparato conservador del Estado revolucionario fue el encarcelamiento y el asesinato de opositores. La población se cansó de ver al Consejo de Guardianes vetando el 90% de las leyes aprobadas por los reformistas con el repetido argumento de la incompatibilidad con el Islam.

Los últimos años de Jatamí como presidente fueron de desconcierto, frustración y resignación. Con

el apoyo popular con el que contaba pudo haber renunciado para presionar al régimen, o llamado al pueblo a salir a las calles. Un enfrentamiento de esa naturaleza habría terminado probablemente en un baño de sangre. Esta fue la razón de su repliegue.

AHMADINEYAD

La elección presidencial de 2005 fue una oportunidad para expresar el descontento popular frente a la inmutable situación económica del país, que sufre de inflación, desempleo, falta de perspectiva, además de registrar el más alto índice de migración de profesionales en el mundo y tener 20 millones de pobres. Mahmud Ahmadineyad se presentó como el candidato de los pobres. Tuvo como competidor en la recta final a Rafsandschani, uno de los políticos más antiguos en el aparato del Estado y uno de los hombres más ricos del país. Ante los ojos del electorado, Rafsandschani representaba el odiado *establishment*.

El presidente Ahmadineyad es un político nuevo en el paisaje iraní. No ha salido de un seminario de teología, es ingeniero de profesión, no lleva turbante, se viste sencillo. Es un radical conservador y comulga con los puntos centrales del régimen y del Líder Supremo. Más de la mitad de sus ministros provienen de las canteras militares (*pasdarán*), viejos camaradas de la guerra con Irak y del servicio de inteligencia.

Con medios sencillos y en forma muy eficaz ha logrado que en el mundo todos hablen de él, dando la impresión de que es el hombre más poderoso de Irán y haciendo olvidar que el que tiene la última palabra es el Líder Supremo Jamenei.

Ahmadineyad ha sufrido su primer revés en las elecciones realizadas hace siete meses para elegir autoridades municipales, parlamentarios y miembros para el Consejo de Expertos. De las 1.524 autoridades municipales elegidas en todo Irán solo 52 fueron de la lista de Ahmadineyad, 438 de los principistas o fundamentalistas, 605 reformistas y 429 independientes (muchos de los cuales son reformistas pero que no se presentaron como tales por razones de política local).

Estos resultados se deben, en primer lugar y sobre todo, al populismo de Ahmadineyad, a que los grupos que lo apoyaron para su elección se van distanciando de él y a la radicalidad de su mentor el ayatolá Mesbah-Yazdi, quien pone en tela de juicio la validez del actual sistema político. Según él, la verdadera intención del ayatolá Jomeini fue hacer en Irán un gobierno exclusivamente islámico. El propósito de fortalecer y ampliar aún más el peso del Líder Supremo, de la religión y de los clérigos en desmedro de las instituciones elegidas popularmente, encontró un rechazo general, incluso entre los clérigos.

El segundo revés interno de Ahmadineyad fue la toma de prisioneros británicos. Por una parte, los resultados de las encuestas mostraban que la población no compartía su radicalidad ni la de los militares. Si bien la mayoría de los iraníes veía mal el ingreso de los británicos en sus aguas, opinaba igualmente que los dejaran pronto en libertad. Y por otra parte, el Líder Supremo, al designar para las negociaciones con Gran Bretaña al político Ali Larijani —uno de los moderados en la política iraní y lejano al grupo de Ahmadineyad—, le recordó quién es el que tiene la última palabra en Irán. Señales claras que le indican que no puede hacer lo que le plazca.

SITUACIÓN DE PREGUERRA

A pesar de las dificultades del sistema político y de los años de represión y censura, la sociedad y la política iraníes son bastante más dinámicas que las de muchos países de la región. Los avances democráticos se expresan en velocidades distintas y con algunos retrocesos, pero la conciencia cívica está despierta y las fuerzas reformistas siguen en la lucha.

El nuevo presidente y sus provocaciones irresponsables —como no reconocer el holocausto, pedir la destrucción de Israel y negar su derecho a existir— representan un peligro y están llevando a Irán a aislarse del mundo y a perder a Europa en su necesidad de reintegrarse plenamente a la economía mundial.

Lo que sí queda claro es que Irán no necesita fuerzas extranjeras ni para su democratización ni para llevar la paz a la región. En eso existe un consenso amplio dentro de la sociedad iraní. La desconfianza frente a lo extranjero y el rechazo a Gran Bretaña y Estados Unidos es explicable y comprensible si uno repasa los últimos cien años de historia iraní. Irán constantemente ha estado en la mira de fuerzas extranjeras, por su extraordinaria posición geopolítica y por sus riquezas petrolíferas.

Esta codicia y voracidad no ha conocido pausa y se ha manifestado en descaradas reparticiones de su territorio, guerras de países extranjeros en tierra iraní, intervenciones escandalosas como la operación Ajax dirigida por la CIA y el MI6, con la cual dieron el golpe contra el primer ministro Mosaddegh en 1953 para dejar al sah en el gobierno como incondicional de Estados Unidos y aliado de Israel, y finalmente la guerra entre Irán e Irak, en la que Estados Unidos apoyó económica y militarmente a Sadam Hussein para destruir a Irán.

También hay consenso sobre el derecho iraní a hacer uso de la energía nuclear. Para el pueblo iraní sería un motivo más de orgullo su utilización con fines pacíficos, como ellos dicen. Pero si acaso buscaran contar con la bomba atómica como Israel, es válido preguntarse si esto no es consecuencia directa de la casi declaratoria de guerra de Bush cuando señaló a Irán como uno de los «Estados canallas». ¿Qué país del mundo no tomaría medidas para defenderse sabiendo que va a ser la próxima víctima de la primera potencia militar del mundo y va a quedar como el vecino Irak? ¿No habría sido más inteligente de parte de Estados Unidos apoyar a las fuerzas reformistas, sobre todo bajo la presidencia de Jatamí cuando este dio señales claras de un acercamiento? ¿No habría sido ese el momento preciso para levantar el embargo contra Irán? Jatamí necesitaba éxitos políticos y económicos para empujar las reformas. Estados Unidos contribuyó a su fracaso y, por consiguiente, a reforzar a los radicales del régimen.

Lo paradójico de todo esto es que, gracias a la ayuda de George W. Bush, las viejas aspiraciones iraníes de liderazgo regional nunca tuvieron mejores condiciones que ahora. Este acabó con los dos enemigos acérrimos de Irán: el régimen de Saddam y el régimen talibán en Afganistán. Con la tranquilidad de tener dos vecinos hostiles menos, Irán se esfuerza en ampliar su radio de influencia. El eje de los chiitas en Irán, Irak, Hezbolá en Líbano y la alianza estratégica con Siria es todo lo contrario de lo deseado no solo por Estados Unidos e Israel, sino también por los países árabes suníes.

Lo más probable es que este estado de amenaza o preguerra en Irán haga más difícil la situación de los jóvenes estudiantes, de los empresarios con orientación internacional, de los teólogos progresistas, de las mujeres y la de los políticos reformistas que luchan por espacios más democráticos.

Conversando últimamente con mi amigo Reza sobre este y otros temas, me preguntó qué haría en vacaciones. Le contesté que viajaría al Perú. Él trató de hacerme cambiar de idea y me propuso viajar a Irán con el mejor de sus argumentos: «Vamos a Irán para que lo conozcas como yo lo conozco, antes de que vengan los americanos y lo destruyan todo». Ojalá, por el bien de todos, que en esta oportunidad sus sospechas no se confirmen.